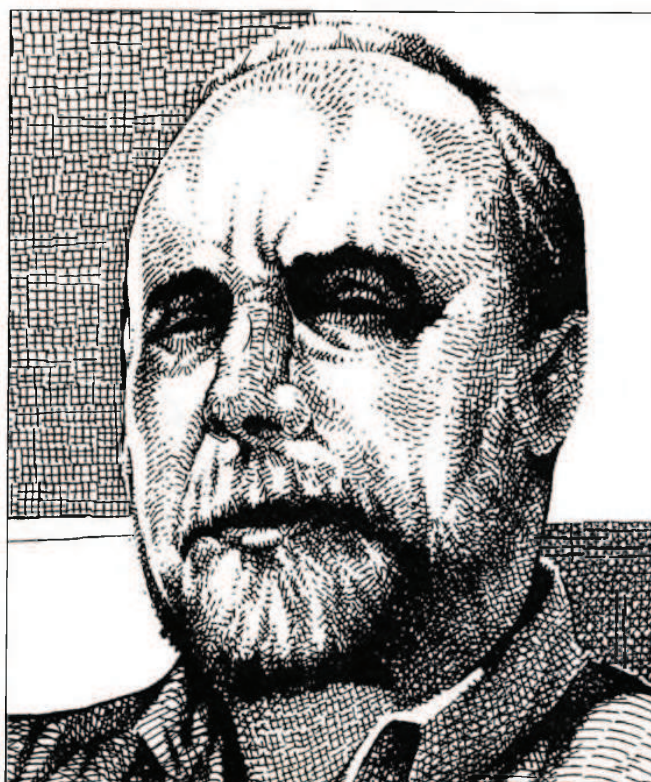


# TANTOS INOCENTES.

**Raúl Guerra Garrido**

Adelanto de la novela del mismo título que bien podría haberse titulado *El Truculento Crimen de Eibain* (o de Orozko, o de Tolosa, o de Beizama, o de cualquier otro sitio).



Para Saturnino Beldarrain Iribarne todo empezó de nuevo cuando, tras una breve pausa oyendo gotear el tiempo contra el parabrisas, alguien le metió en los ojos la luz de una linterna.

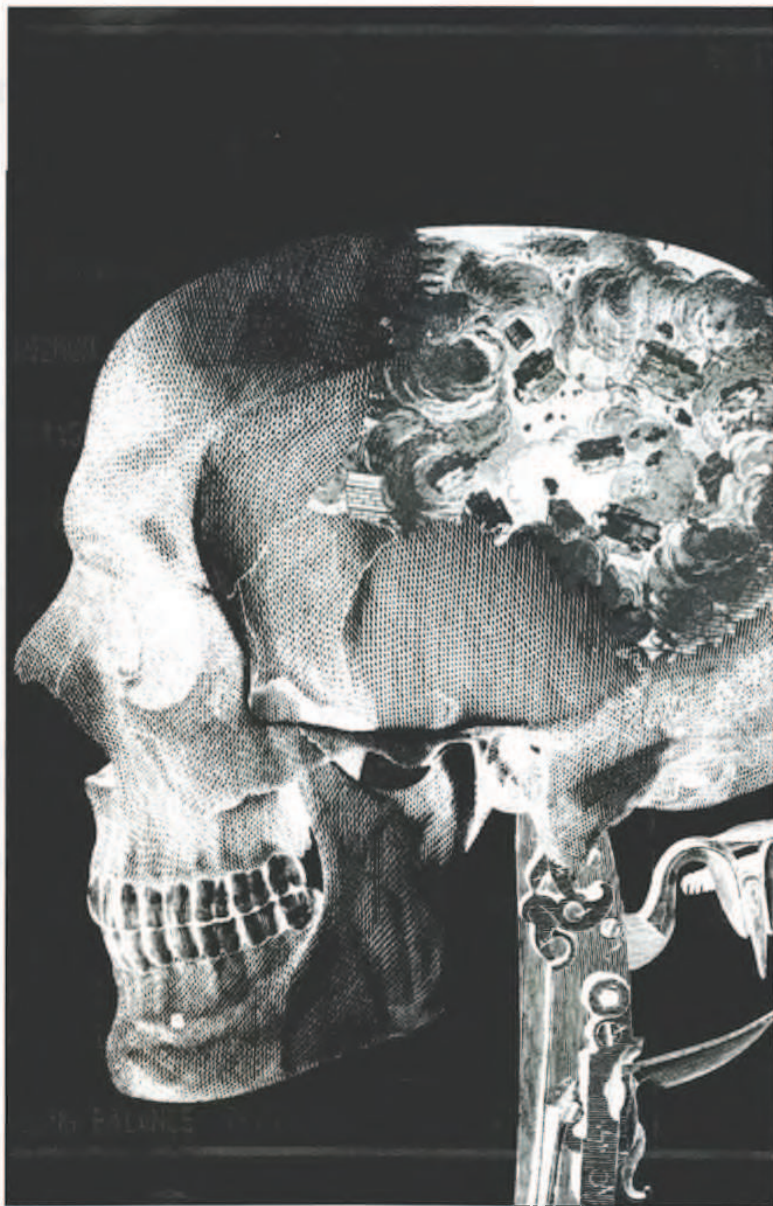
Es duro reconocerse en la condición de hombre, tan frágil. El hombre es un objeto frágil e irreplicable, sobre todo frágil, lo irreplicable puede difuminarse en falsas generalidades, moreno, avaricioso, sedentario, calvo, transportista, flemático, concupiscente, accionista de Lizarraga, S.A., socio de la Real, oriundo de Eibain, cosas así, genéricas y remediables, pero la fragilidad es justo lo contrario, unívoca y sin remedio. El hombre es un objeto sumamente fácil de destruir, lo destruye el napalm, un virus resistente a los antibióticos, el vencimiento de una letra, el hambre, el colesterol de una dieta desmesurada, el filo de una navaja, la muerte de un ser querido, la convivencia con los seres queridos, la trayectoria de un proyectil de 9 mm. parabellum, un bastonazo en la base del cráneo, un paseo en coche tan rutinario como éste y en el cual confío mi alma se libere. Todo aquello susceptible de lograr cierta densidad, rapidez o emoción puede fulminar al hombre: en mi caso se trata de la culpa, una culpa que poco tiene que ver con la que me

atribuyen y por la cual van a castigarme de nuevo. La lluvia golpea rencorosa contra el parabrisas y contra mi atribulado espíritu. Sin cesar llueve sobre los pinos, sobre los helechos, sobre el asfalto, sobre el tronco del árbol que se cruza en la carretera atravesándola de una cuneta a otra e impidiendo la circulación. A la vista del corte era fácil de deducir, no lo había derribado el viento sino alguien con intenciones asesinas. Nada más ver tan predecible obstáculo supe lo que iba a pasar como si ante mí se hubiera aparecido no un corro sino un coro de brujas. "¿Cuándo volveremos a encontrarnos en el trueno, los relámpagos o la lluvia?" Detuve el Land Rover sin intentar la huida, no merecía la pena. "Revoloteemos por entre la niebla y el aire impuro". Así aparecieron, como endriagos, sombras surgidas de las sombras. Una de ellas me deslumbró con la luz de su linterna, el barro amortiguaba el ruido de sus pasos y una vez apagado el motor sólo la furia del agua se dejaba oír en el bosque circundante. Es curioso, con la lluvia desaparecen todos los cánticos nocturnos, desde el del borracho al del búho real. Nada dijeron las sombras y yo también guardé silencio. Por detrás de los faros de L.R. Apache ninguna otra luz iluminaba el paisaje. Habían sabido elegir el lugar y la hora, a partir de las

once de la noche nadie circula por las rampas del Estribo. La luz que me cegaba era la de mi culpabilidad, pesadumbre insostenible. Intento no pensar en nada y los recuerdos acuden en tropel, alucinados, coreados por las teatrales brujas de mi imaginación: "no cesen, no cesen los golpes, aunque duela que hierva el caldero y la mezcla se espese". Lo matamos a golpes y yo pude evitarlo con la misma facilidad con que evité declarar quién asestó el golpe definitivo, inútil estratagema puesto que la verdad es una cuestión de tiempo, el que aquí concluye.

Sólo en febrero podía ocurrir semejante desdicha, en el decimosegundo mes del año romano, mes de muerte y lustración, el más corto para abreviar su nefasto influjo, el más traidor de los fríos invernales. Un ritmo acompasado que acelera su altura sonora hasta percutir como el trueno, una tormenta apoplética, maniaca, obsesiva según los bastones golpean cada vez más con fuerza en el suelo. En la noche de la víspera de Santa Águeda o Santa Daguea, virgen y mártir cuyo nombre es sinónimo de bondad e inviolabilidad y cuyos cortados pechos tuvieron tantos destinos como historiadores comentan su martirio. Cumplamos con la ley.

La tradición celebra la noche de la víspera con canciones salmódicas, los pastores visitan las casas solicitando el óbolo de la fiesta, huevos, chorizo y pan, y ante la puerta de cada hogar el cántico celebra el acontecimiento del año, con un *kirieleisón* si es de luto. Un ritmo de marcha acompasada, el ritmo que marcan los golpes de vara, de maquila, de cualquier palo contundente. La tradición es una excusa, ya no quedan pastores y los que se disfrazan de tales lo que piden es dinero. Ni siquiera se pide ya la limosna, el disfraz es una excusa para salir de farra. Un ritmo creciente, obsesivo, que sobrepasa la intención de la letra peor intencionada que he oído en mi vida y se pierde en lo más oscuro y morboso de cada uno. Así lo sentí, como algo enloquecedor, como una loca borrachera en la que era tan dulce abandonarse. Fue un crimen horrendo. Mucho antes la habíamos cantado a gritos, vareando el suelo como energúmenos y dejándonos llevar por su fascinación rítmica: "las almas en pena castiguen a



los habitantes de esta casa, por negarles hospitalidad en vida sean sus vecinos en la muerte, cumplamos con la ley". Puede que estas almas errantes que ahora me visitan no tengan más intención que la de la última estrofa, por eso quizá debieran entonar un *kirieleisón*. Me sorprende no resuenen las maquilas contra el suelo, aunque en este barrizal cualquiera sabe. No puedo verles porque me deslumbran ni oírles porque nada dicen, pero sé quiénes son y de qué me acusan. No me liberaré como la vez anterior en que también me metieron la luz de la linterna en los ojos y pudieron contemplarme abrazado al cuerpo sin vida de Martín. Antes de frenar me aulló la piel entera como a los perros que presienten la catástrofe. Si me libré, si nos libramos, si nos dijeron "pueden irse, circulen", es porque se trataba de otras personas, armadas, uniformadas, paradójicamente no vengativas, quizá no muy meticulosas por obsesionadas en otra búsqueda. Que Martín, con quien no mantuve ningún vínculo particular de favor o encono, al que apenas conocía de vista, de poco más, se interfiere en mi vida de forma tan decisiva, es algo que no alcanzo a comprender

salvo que lo asuma como una parábola de mi culpa, mi grandísima culpa; como si a su través deseara autoinfligirme un castigo mucho más penoso que el que la sentencia judicial me ha concedido; como si mi madre hubiese levantado la cabeza para decirme: "¡basta ya, perjuror!". La de Martín fue una muerte que no hacía al caso, totalmente accidental, que podía haberse evitado con un par de copas, o con una sonrisa o con un tortazo a tiempo, y por lo tanto tan estúpida como horrible. Y en lo horrible había participado yo por omisión, no se me ocurrió lo de las copas ni tampoco sonreírle. Creo que ni siquiera le sacudí una torta. Martín era un tipo anodino que no me caía ni bien ni mal, un tipo cuyo indescriptible aspecto físico, no muy alto, no muy grueso, no muy feo, corría paralelo a su impredecible catadura síquica, no muy oportuno, no muy simpático, no muy sinvergüenza. Lo único que sabía de él a ciencia cierta era el oficio, policía municipal, por el uniforme y no por otra cosa. Y que murió de paisano.